

# EL INDEPENDIENTE.

SANTIAGO, AGOSTO 22 DE 1864.

## Falsos consejos.

Cuando el peligro golpea a nuestras puertas es forzoso para salvarlo meditar friamente el partido que debe tomarse: de lo contrario sucederá lo que regularmente pasa al que, por salvarse precipitadamente de un naufragio o de un incendio, se precipita sin querer en medio de las olas o de las llamas.

Si se pensase así, de seguro que la prensa hostil a la administracion abrazaria otro rumbo mui distinto del que actualmente sigue respecto a las doctrinas que sienta sobre los negocios de política esterna.

¿Qué ha dicho por fin despues de tanto clamoreo? ¿A que han quedado reducidos sus consejos, una vez limpia la escasa semilla de la paja en que van envueltos? ¿Podria el gobierno, si es que debe adoptar alguno de sus consejos, decidirse por uno solo en medio del baturrillo de contradicciones, de absurdas exigencias con que se le abruma, con el especioso pretesto de dirigir i amaestrar la opinion pública?

Nadie lo diria; i para que no se crea que falseamos sus conceptos, que malcamos sus tendencias, hagamos en resumen una repasata a lo que ha dicho en estos últimos dias sobre la fastidiosa cuestion hispano-peruana.

Por supuesto *El Ferrocarril* que debe ser el que primero empuña el clarin guerrero, ha dicho que para el Perú no queda ya otra salvacion que la guerra—que así como él le aconsejaba hace poco la paz, ahora pedia que el ruido de las armas atruene de una vez el campo de la contienda—que esfuerza, en una palabra, que se asalten inmediatamente los buques españoles i se les destruya o imposibilite ántes de que sean reforzados por las naves que vienen ya en camino—que en el Congreso peruano se ha culpado al gobierno i con justicia de la punible e injustificable lenidad que observa en estas circunstancias; pero que al mismo tiempo que así ha procedido es una vergüenza haber discutido, como se ha hecho en esa reunion, las proposiciones del gabinete español.

Que esto dijese, i mucho mas aun, nada tendria de vulnerable. Que todo lo que ha dicho, lo comentase hasta el infinito haciendo variaciones caprichosas sobre aquel tema, volvemos a repetirlo, seria natural i hasta cierto punto justo, si se piensa que a la pérfida conducta del Comisario real i del almirante Pinzon, la España ha respondido reagravando tan inaudito proceder con otro todavía mas estúpido i punible.

Pero la cosa no queda aquí solo: a los consejos, a las declamaciones, a la grito cotidiana de guerra i esterminio, han venido i vienen cada dia en pos cargos a todas luces injustos contra el gobierno, inculpaciones infundadas contra el Senado, i exhortaciones que solo pueden traducirse por el deseo que se abriga de arrebatár al gobierno la confianza que felizmente inspira a todos los buenos ciudadanos, i de armarle por remate aquellos obstáculos que no podrá seguramente salvar sin herir las susceptibilidades siempre quisquillosas de sus pretendidos mentores.

Si faltamos a la verdad, ¿cómo se santifica la inculpacion diaria con que se le acusa, con que se le ofende sin antecedente el mas pequeño que pueda justificar tan desatentadas ofensas? ¿Se le ha señalado hasta hoy un camino, en medio de los mil que se le abren desde las oficinas de las imprentas? ¿Se le ha mostrado, dígannos con verdad, una sola senda cuyo tránsito se haya estudiado detenidamente i a la que sea preciso que se arroje de una vez, sin miedo respecto al resultado de su aventura? Por cierto que no; el mismo *Ferrocarril* en su editorial del juéves nos dice que ni el Perú sabe hasta hoy cuál es el camino que debe seguir, ni ménos Colombia, Bolivia, la República Argentina i Chile el temperamento que deben adoptar en este conflicto.

Ahora bien, si todas las repúblicas de este continente están todavía a ciegas, sin saber a que atenerse sobre el particular, tanto por lo enmarañado de las ocurrencias i las conjeturas, ¿cómo es entónces que se culpa al gobierno porque no se decide de golpe en esta malhadada emergencia? Si Chile no sabe ni puede saber, segun dice el *Ferrocarril*, que es lo que le conviene hacer en este momento, ¿para qué se le exige al gobierno que haga lo que no sabe, es decir que obre a tontas i a locas i solo por seguir la omnisciente amonestacion de dos diarios, a los cuales no está obligado a reconocer como mui sensatos i justos, averiguada como está de todo el mundo la hostilidad que profesan contra el gabinete i contra los hombres que pasan por sus adictos?

Por otra parte, i dando de barato al *Ferrocarril* el derecho que pretende tener para ser es-

cuchado en la materia, ¿a cuál de sus consejos debe la administracion dar la preferencia? ¿Es a la formacion del congreso americano, a la que ha atribuido el juéves todo el poder salvador en este aprieto, i al que ha convocado a la América entera como para una *soirée* a que puede o no puede asistirse sin faltar a las conveniencias sociales? ¿Lo será el de dar sus pasaportes al ministro español? ¿Lo será el de formar un gran meeting para que se dirija a exigir del Presidente de la República éste i los otros actos en medio de los aplausos i los hurras de los enardecidos parlamentarios? ¿Lo será el de acribillar a los ministros, el de no dejarles respiro hasta que canten la palinodia ante el Congreso, revelando lo que en buena justicia es dado a nadie pretender, ni ménos hacer que lo exija el poder legislativo, por ommmodo que quiera hacerco su prodominio? ¿O lo será el que el Senado apruebe en el acto i sin leerlo siquiera el proyecto del señor Lastarria? Hablen pues *El Ferrocarril* i *La Patria*—¿por cuál de todos estos remedios se deciden? ¿Por cuál de todos estos caminos se encuentra la salvacion?

Si el remedio lo vamos a buscar en el congreso americano, nos parece que habrá tiempo de sobra para que el negocio se resuelva sin necesidad de recurrir a este espediente o milagrosa panacea.

Si la salvacion está en que se formen asambleas populares que se dirijan a imponer una conducta al gobierno, fórmense en buena hora; pero ántes tranquilícesenos sobre el desacuerdo que puede orijinarse entre el pueblo i el gobierno, desacuerdo que mui bien podia costar algunas nuevas calamidades irreparables.

Si todo el mal está curado con aprobar el Senado el proyecto-Lastarria, apruébese de una vez i escribáse en letras de diamante si se quiere como lema de nuestro derecho público; pero calcúlese primero si así como está concebido produce el resultado que se pretende, o si vendria a embarazar la misma esfera de accion en que deben jirar nuestros principios de derecho público.

Cuando hemos dicho: déjese libertad al Gobierno para obrar, es porque tenemos fé en los hombres que lo componen, porque nos son notorios su patriotismo, su hidalguía i la aptitud en que se hallan para poder dictaminar sin necesidad de demandar consejos a la imprevision, ni fuerza moral al calor ficticio de un mal dirigido patriotismo.

Cuando hemos pedido cordura, reserva, prudencia, para no arrepentirnos mañana de haber obrado con petulancia, hemos tenido en mira que así como al individuo particular debe serle precisa la reflexion para iniciar cualquiera empresa, es todavía mas imprescindible ésta respecto de una administracion pública que no solo puede correr el riesgo de abdicar el puesto, sino comprometer fatalmente los intereses que le están confiados.

Si los amotinados de la embarcacion de Colón no hubieran cedido merced a la prudencia de éste, la América estaria talvez todavía en la eternidad del error i la ignorancia. Si el terror de aquellos alborotados navegantes hubiese llegado al pánico, ni el grande argonauta hubiera enriquecido los dominios de Fernando con un mundo, ni ellos habrian podido salvar de las olas i de las tormentas.

La causa de la libertad es sagrada; aquí i allá i en todas partes donde existan hombres tendrá ella siempre apóstoles i mártires: no hai pues porque afanarse tanto: nuestro buen derecho, nuestra justicia, a pesar de todo lo que se diga por lo que ya se la ha vulnerado tiene aquí i en Europa mismo calorosos defensores.

Si la hora del peligro inminente llega, si la perfidia coronada intenta solo a rebatarnos la corona inmarcesible que conseguimos en los campos de batalla, el Perú, Chile, Colombia, Buenos Aires, la América entera se armará como un solo hombre i triunfará. No hai remedio: un mundo no puede ser avasallado por el capicho de uno o dos soberanos dementes; un mundo no es el patrimonio de uno o dos tronos a quienes ya carcome la polilla i comienza a aventar sus cenizas.

Si esto es así, no busquemos el remedio donde no está, no busquemos la justicia donde no se halla, no ultrajemos al verdadero patriotismo, ni hagamos, en fin, por donde se rompa la union entre el pueblo i los que tienen la honra de dirigirlo.

Si se decanta nuestra flaqueza, si se pone en tela de juicio nuestro valor, es forzoso resignarse a oír del enemigo esta horrible palabra: ¡temblais! teneis miedo! i ya veis si con esto solo no está vencida i degradada una nacion entera.

Piense en esto la prensa de intereses pecuniarios, piensen en esto los que hacen de los asuntos de política exterior una arma de combate: reflexionen i se convencerán que no es justo ni racional dar al egoismo tan amplio ensanche, ni ménos preparar al país dias de tanta ruina.